

HOMBRE NUEVO

El hombre llamó por teléfono a su casa desde el aeropuerto de Carrasco para anunciar su sorpresiva llegada. Se habían dado las circunstancias en Zurich de tal modo, que en el último minuto y sin previo aviso resolvió aceptar una plaza disponible, ocho días antes de lo previsto. Su familia —la mujer, la suegra y sus tres hijos, dos muchachas de 22 y 20 y un chico de 17— estaría esperando el cable confirmatorio con el número de vuelo. Pero... ya estaba en Carrasco, y ahora él mismo les daría la noticia. Dos años fuera del país son mucho tiempo, y en estos tiempos mucho más. Mientras discaba, echó un vistazo a la desabrida instalación del aeropuerto, y le gustó, a fuerza de desear que le gustara.

—¡Ah! ¿Es usted, doña Matilde? ¿Cómo está, tanto tiempo? ¿Cómo están todos ahí?

—¡Ave María Purísima! ¡Pero si es Luis! ¿Estás ahí, m'hijo, o todavía estás allá? (Y empezó a lagrimear por cualquiera de las dos alternativas.)

—Estoy aquí, doña Matilde, en Carrasco. ¿Está Sara?

—No hay nadie, Luis. ¡La pena que va a tener Sara cuando sepa!

—¿Cómo?!

—Digo... la alegría de tenerte otra vez en casa, y la pena de no estar ahora aquí, ¡vaya!

—Ah, sí. ¿Sabe adónde fue?

—Están todos militando, Luis. Militamos todos.

—¿Están todos qué?

—Militando, m'i/tan/do. ¡Estos teléfonos!

—No, si la oigo bien. Pero no entiendo. ¿Militando con qué?

—Con las bases, m'hijo.

—Bueno, bueno, doña Matilde. Voy para ahí.

—Buen viaje, digo... ¡hasta ahora!

Militando en las bases. La expresión le sonaba tan extraña. Es cierto que estuvo recibiendo los diarios uruguayos con regularidad. Y sabía de la politización de la gente, de los cambios de mentalidad operados en el país, y todo eso. Pero las cartas —ya se ve— no habían sido bastante explícitas. Y mientras el taxista reconocía a duras penas la ruta (pozos y falta de luz; eran las diez de la noche), él reconocía a duras penas a su propia familia (baches de información, también falta de luz).

Inútil describir la recepción llorosa de doña Matilde (de enigmático significado, porque todo la emociona por igual; pero el hombre tuvo en ese abrazo con su suegra el primer contacto afectivo con el país, y devolvió calor por calor). Después que forcejeó con las valijas, a pesar de sus años y su físico menudo, poco menos que arrancándose las al yerno, doña Matilde empezó a desparramar información política:

—Ay, m'hijo, yo no entiendo a la gente. ¿Para qué querrá Pacheco seguir en la presidencia, con lo aburrido que se ve que está? No hay más que mirarle la cara en la televisión.

—Doña Matilde, perdóneme, ¿no se podrá tomar unos mates?

—Sí, comonó. Y ese viejito Ribas, decime vos, que le dicen cantero de plaza porque está lleno de pensamientos e ilusiones, ¿si parece que tuviera sueño! ¿Querés que yo lo cebe? Ya sé que allá no tomaste ni uno. Válgame Dios, si cuando supe que ibas a vivir en Ginebra, le dije a Sara: menos mal que a tu marido no le gusta la bebida. Como le estaba diciendo...

—Pero, señora: ¿usted cree que los suizos iban a tener pulso para armar tantos relojes si se pasaran "en ginebra"? Dígame, doña Matilde, ¿no podremos avisarle a la señora y a los chicos?

—Ya les avisé, descuida. Están en camino. ¿En qué estaba? Ah, sí... el general Ribas. Figúrate que la otra noche soñé con él.

—¡Doña Matilde...!

—Vaya, hijo, tú siempre tan zafado. En el sueño los partidarios del general gritaban: ¡Arribarribas! ¡Arribarribas! ¡Arribarribas! Y yo pensaba: Ya se les durmió, están tratando de despertarlo. ¡Mire qué facha de candidato!

En ese momento irrumpía en el living la familia, con el jovencito al frente, que alcanzó a oír las últimas palabras de doña Matilde.

—Facha, no, abuelita. Facho, facho.

Pero en seguida quedaron los cinco hechos un ovillo en un abrazo compacto, mientras doña Matilde, para no perder la costumbre, lloraba sin consuelo.

Otra vez la inutilidad de las descripciones. Que cómo no avisaste, que qué bien se te ve, que los años no pasan para vos, sí, los quisiera ver a ustedes, solos por allá, vamos, viejo, mandate la parte, las cosas te comprenden, guarango, ¿no ves que está más flaco?, bueno, chicos, ya empiezan a discutir como veintiséis y bolches, ¿salimos a cenar?

El padre creyó que esta propuesta tendría entusiasta aprobación. Pero advirtió con sorpresa que no, que todos, incluida doña Matilde, se miraban entre sí con alguna cortedad. Creyó captar en el aire, sin embargo, las razones:

—¡Pero claro! ¡Qué chambón! Primero los regalos (y ya se encaminaba hacia las valijas), y después a cenar.

Minuto de silencio y en seguida carcajada general, que lo detuvo y lo hizo girar sobre sus talones. La señora sintió entonces que era ella quien debía tomar la posta. Y juntó en un solo párrafo unas cuantas palabras entre las que no faltaron comité de base, plenario, pegatina, militancia, dictadura, ¿comprendés? y venite con nosotros.

El hombre empezó a mirarlos uno a uno, como si recién los viera. Su mujer más joven, sus hijas tan maduras, y el pibe de quince años que dejó al partir entre un ruido de música beat y banderines del estadio... El pibe, que estaba al lado suyo, dándole un codazo de compañero a compañero, exclamó:

—Hermano, no te quees...